NUEVAS INVESTIGACIONES

SOBRE

LOS ALERCES,

POR

Don Miguel Colmeiro.

antiguas; pero hoy no existe un solo alerce africano, ni europeo tampoco (1) que sea antiguo resto de los bosques destruidos segun la tradicion, y tan completa pérdida fuera bien estraordinaria, si no imposible. Importa poco que personas sin conocimientos adecuados aseguren haber visto en su juventud los últimos alerces de Sevilla, porque pudieron haber tenido por tales cualesquiera otros árboles antiguos; ni del cortado en la Calzada por órden del ayuntamiento en el año de 1802, se sabe fijamente que fuese alerce, como lo supuso para oponerse al mandato el dueño del huerto de la Quinta donde se hallaba.

El silencio de los hombres competentemente ilustrados que Sevilla abrigó en todos tiempos, ó que la visitaron científicamente, prueba mas contra la antigua existencia de los alerces en estos alrededores, que puede hacerlo en favor una vaga tradicion apoyada modernamente por testigos imperitos. En la época de los godos habria San Isidoro indicado algo al tratar de las etimologias de los nombres propios de los árboles; el árabe sevillano Ebn el Awam no hubiera omitido en su libro de agricultura los cuidados que exige el cultivo de árboles tan útiles; los naturalistas sevillanos del siglo XVI Juan Bautista Monardes, Nicolás Monardes y Simon Tovar no olvidarian los alerces, teniéndolos tan cerca de sí; tampoco Francisco Franco y Juan Fragoso, que en el mismo siglo esploraron botánicamente las inmediaciones de Sevilla, dejarian de observar ve-

(1) En el jardin botánido de Sevilla vegeta pobremente un larice ó alerce europeo recien plantado, y en San Telmo se perdieron casi todos los puestos poco hace, habiendo sucedido lo mismo á los sembrados en el Pedroso.

getales tan importantes y corpulentos, siendo natural que hubiesen hablado de ellos; y finalmente en el último siglo y en el primer tercio del actual, los botánicos Juan Salvador, Abat, Trigueros, Clemente, Lagasca, Rodriguez, Santos y Boutelou bien pudieran haber notado y testificado la existencia de los árboles que se suponian resto del antiguo bosque de Tablada, clasificándolos como alercés en sus herbarios ó en sus escritos, si lo fueran efectivamente. Nada de esto ha sucedido, y ademas entre los varios botánicos estrangeros que recorrieron las inmediaciones de Sevilla, no se cuenta uno siquiera que haya mencionado tales árboles como propios de parage alguno de Andalucia: Clusio, Barrelier, Tournefort, Antonio y Bernardo de Jussieu sucesivamente, desde mediados del siglo XVI hasta entrado el XVIII examinaron la vegetacion sevillana y por lo que se infiere de sus obras, no tuvieron la dicha de encontrar los alerces, que aun entonces debian existir á lo menos en corto número, segun la actual opinion vulgar.

Pero estas pruebas se tendrian por poco concluyentes, puesto que les falta el ser afirmativas, si no recibiesen el apoyo que les prestan otras tomadas de la historia de Sevilla y Córdoba. Morgado y Morales, escritores del siglo XVI, convienen en que solamente hay en Berberia la madera de alerce, y afirman que desde allí se trajo por mar la conservada en una y otra catedral, siendo curioso ver referida por el primero la tradicion sobre los alerces del campo de Tablada sin darle su franco asentimiento, é indicando mas bien su inclinacion á contradecirla. En efecto, al describir el claustro de la catedral de Sevilla, resto de la antigua mezquita, dice Morgado. (1)

(1) *Historia de Sevilla*, pág. 96.

Parece, pues, demostrado que nunca hubo bosques de alerces en los alrededores de Sevilla, ni en los de Córdoba, por mas que su madera se haya usado profusamente en antiguos tiempos, como lo prueban las catedrales y otros edificios de ambas poblaciones. Toda esta madera se trajo de las costas de Africa seguramente, donde todavia abundaba por los años de 1573, segun el testimonio de Luis del Marmol. (1) «Hay por toda esta sierra, «dice, muy grandes bosques de bojes y de lentis«cos muy altos, y de alerces, que es madera «muy preciada y de mucho provecho en Berberia.» Hoy existen igualmente muchos alerces en las mismas costas, aunque los de mayores dimensiones se encuentran en lo interior, como se ha tenido ocasion de reconocer recientemente.

Todo lo dicho respecto de esta cuestion por Ponz en 1780 y por el autor de las *Noticias varias de la collacion de San Roque en* 1817, asi como lo repetido por el autor de la *Noticia histórica del origen de los nombres de las calles de Sevilla* y por otros, está destituido de fundamento, no teniendo mas que el de una vaga asercion del vulgo, admitida en varios escritos sin mostrar, no obstante, mucho empeño en defenderla. Es verdad que Matute en sus anales inéditos habla de unos árboles antiguos plantados en la Calzada, quizá por los romanos segun él; pero nada asegura acerca de su especie, ni aun la indica.

Si en los tiempos de cartagineses y romanos hubiesen de buscarse pruebas de la existencia de los alerces en la Península, quedaria defraudada probablemente cualquiera esperanza de hallarlas que se concibiese. Los enebros de España fueron muy celebrados por los romanos, y Plinio pondera su grueso y demas ventajas, añadiendo que en Sa-

(1) *Descripcion general de Africa.*

gunto habia en un templo de Diana vigas de estos árboles puestas allí seiscientos años antes de tomar Aníbal aquel pueblo y es de creer que muchos otros templos españoles tuviesen sus techumbres hechas de igual madera, estimada por su olor y duracion. Asi es que tambien habrán podido ser de enebro las vigas del templo de Hércules gaditano de cuya antigüedad y buena conservacion habla Silio Itali-co (1) y si fueron de alerce nada se opone á creer que se hubieran traido á Cádiz por mar y mas probable es que el tenerlas por produccion española, cuando nada se dice de su procedencia.

El nombre de alerce se aplicó primitivamente en castellano al *aaracr* de Berberia, tenido por cedro á causa de haberse llamado *citrus atlantica* entre los romanos, sinónimo de *cedrus* para algunos, y en el primitivo sentido debiera haberse empleado siempre por los españoles, si no se hubiera perdido el conocimiento del árbol por el desuso en que cayó su madera entre los modernos. Pedro de Alcalá (2) en los primeros años del siglo XVI pone en correspondencia de la palabra alerce las dos árabes *erz*, *erza*, que unidas al artículo dan aquel nombre tomado de los árabes por los españoles y naturalmente aplicado á la madera olorosa y duradera importada de Africa á España. Pero el doctor Laguna á mediados del mismo siglo XVI vino à cambiar la usual significacion del nombre de alerce, indicando que cuadraba mas al *larice* que al *cedro*, y cuando hubo renacido la botánica en España se siguió generalmente tal opinion, origen de las equivocaciones ya mencionadas, y con tanto mas motivo fué aceptada, cuanto que recibió la sancion de Covarrubias, (3) quien á pesar de te-

---

(1) *Punic.* libro III; pág. 28.

(2) *Arte para ligeramente saber la lengua arábiga.* Granada 1505.

(3) *Tesoro de la lengua castellana.* Madrid, 1611.

nerse entonces el *alerce ó alerzo*, como él dice, por especie de cedro segun algunos, se muestra inclinado á considerarlo como larice, siguiendo á Laguna. La Academia española en 1726 dijo del alerce que es «arbol corpulento, casi generalmente repu- «tado por especie de cedro, por ser muy olorosa y estimada su madera» y añadió algo sobre la etimología arábiga y la inclinacion de Covarrubias al sentir de Laguna, sobre que sea el larice. Se equivocaron seguramente tanto los que tuvieron el alerce por cedro, como los que lo identificaron con el larice; pero estos distaron mas de la verdad que aquellos, apoyados en cierto modo por la confusion de las palabras *cedrus* y *citrus* que Nebrija tuvo por iguales en significado, siendo ya sabido que *citrus* del Atlas fué para los romanos el actual *aaraar de los berberiscos* ó sea *alerce de los antiguos sevillanos* y demas españoles, antes de haber sido cambiada la significacion de tal nombre.

Remontándose al origen de la palabra *erz* ó *erez*, que unida al artículo arabe forma el nombre de *alerce*, se halla ser hebrea y haberse aplicado en los Libros Sagrados al cedro del Líbano, asi como lo fué al ciprés por los sirios segun Ebn el Awám dice en su ya citada obra, (1) y tambien por *erez* se tenia una especie de pino (2) de modo que con el *aaraar* de los berberiscos son cuatro los árboles diversos designados con igual nombre en aquellos idiomas orientales. Esto no es de estrañar, porque segun el Sr. Torrejon, distinguido profesor de lengua hebrea en esta universidad, deriva el nombre *erez* del verbo *araz*, el cual significa haber sido fir-

(1) *Libro de Agric* traducido por Banqueri, tomo I, página 287.

(2) *Libro de Agric de Abu Zach* traducido por Banqueri, tomo I, página 284.

me y estable, especialmente por la profundidad de las raices, circunstancia que tienen diferentes árboles y que es notable en los indicados, ó ha llamado mas la atencion de la antigüedad, originándose de aqui el haberles dado un nombre comun.

Los leños *thyinos* de que habla la Vulgata en el capitulo décimo del libro tercero de los Reyes, pudieran creerse procedentes del árbol *thya* ó *thuia*, que es el *citrus atlantica* ó alerce africano, llamado de aquel modo por los griegos, quienes derivaron su nombre del verbo *thyó*, cuya significacion es doy olor. Pero la madera del sándalo rojo es tambien olorosa, y conforme al diccionario hebreo de Winer corresponden á este arbol los leños en la Vulgata calificados de *thyinos* ú olorosos, como que huelen efectivamente.

La aclimatacion del *aaraar ó alerce africano* parece haberse intentado en nuestras provincias meridionales á principios del actual siglo, con el solo objeto de obtener la sandaraca, aunque sin fijarse en las cualidades de la madera, no habiendo caido en lo concerniente al uso que de ella se habia hecho antiguamente. Asi se infiere de lo comunicado al público por Zea (1) en 1805 al principiar las lecciones en el jardin botánico de Madrid; pero no hay noticias de los resultados que se hayan conseguido. Sin embargo, no deben por esto creerse inútiles los nuevos ensayos para la introduccion de tan importante vegetal entre nosotros, y al contrario es menester repetirlos en diversas circunstancias y lugares antes de tenerlos por infructuosos; tanto mas cuanto que no consta la manera como lo hayan sido los anteriores de que Zea habló muy lige-

(1) *Discurso inaugural*, página 14 en la nota.

ramente, y acaso antes de haberse llegado á practicar fuera de los jardines, siendo cierto por lo demas que en el de Madrid y en otros existen individuos del alerce africano en buen estado.

La cantidad de semilla que acaba de recibirse es suficiente para que los ensayos puedan ser algo estensos y variados, debiendo consistir la diversidad principalmente en la eleccion de localidades. Procede de Tanger, y es debida al buen deseo del Sr. Escacena, académico de Bellas Artes, que para obtenerla se valió de la amistad de Mr. Fraissinet, cónsul general de los Paises Bajos en Marruecos, quien al remitirla no se ha olvidado de indicar algo relativo á los cuidados que exige la siembra. Ahora que el invierno no ha entrado todavia,(1)debe hacerse inmediatamente en buen terreno y bien preparado, proponiéndose formar un almaciguero; pero como es preferible y mas seguro sembrar de asiento el alerce africano, convendrá que á distancias tales como se observan entre todos los árboles corpulentos, se hagan hoyos en los terrenos incultos ó montuosos que se destinen á los ensayos, siendo asi mas facil y económica la preparacion del suelo, que deberá mejorarse rellenando los mismos hoyos de tierra buena, para que la germinacion sea favorecida en todo lo posible. Como apesar de todas estas precauciones acaso dejarán de nacer muchas semillas, será oportuno echar 5 ó 6 someramente en cada uno de los hoyos llenos de la tierra buena reservándose arrancar los pies sobrantes cuando hayan prosperado algunos mas que el solo cuya conservacion interesa. Durante el primer año es menester regar oportunamente, porque la poca profundidad de las jóvenes raices y lo tierno de las plantas harian peligrosa la accion de un calor de-

(1) Esto se escribia á principios de noviembre.

masiado fuerte, pudiéndose evitar tambien el influjo directo del sol sembrando cebada en los hoyos con los alerces, como con los pinos se hace en el pais desde el tiempo de los árabes.

Es de esperar que prosperen y vegeten bien en Andalucia los alerces de Africa, cuya aclimatacion se procura, y si esta llegase á ofrecer los resultados apetecidos, se habria conquistado un medio m›s de anmentar el escaso arbolado que puebla los montes de las provincias meridionales de nuestra península. Importa mucho hacerlo y todo lo que á ello contribuya debe estimarse y despertar el celo de las autoridades y corporaciones instituidas para bien del público.





